

Signos

Shih Fen revivió en el atardecer la soledad con su ritual descarnado. Las manos impresas en la arena próxima a la casa de Ernesto eran un intento débil por escapar de esa malla que la sujetaba. Extraño es el mundo de los signos, pensó, tan evidentes para algunos, tan incomprensibles para otros. Caminó por la playa hasta el final del día, anhelando que sus manos no pasaran desapercibidas. Esto yo lo sé ahora que tantas perspectivas han cambiado en los sucesos que fueran a la vez inocentes y equívocos. Sólo tiempo después pudo comprender que la ausencia de respuesta no era una negación tácita a su persona, sino el azar incierto que no había concertado el unirlos. Convino que las culturas diferentes dificultaban el entendimiento, y a la madrugada siguiente dejó un precioso caracol de color ámbar, del tamaño de su mano, al pie de la puerta de roble. Sobre la arena imprimió nuevamente sus manos que se estamparon como alas en la superficie ondulada. Shih Fen creía en la visión de la persona apropiada para entender sus signos. Al hombre le gustó el caracol e ignoró las manos, lo puso sobre la repisa de la chimenea. Admiró su belleza exterior, pero no supo intuir que toda mujer es un caracol con algo profundo y vital resonando más allá de sus giros y recovecos, y que la ofrenda del objeto merecía ser interpretada de otro modo. Shih Fen creyó que la aceptación del presente le permitía pensar con esperanza sobre el futuro. Dos días después plantó un copetón naranja en la

entrada de la casa, para que entendiese que una belleza nueva esperaba en su vida. Cuando supo que el hombre había mirado con extrañeza pero sin demasiada deferencia a la planta, sintió el desánimo. Diariamente esperó en la muerte de la flor la confirmación de sus temores. Con sorpresa

vio que la planta seguía viva a la semana, sin desmejora aparente. El copetón no podía sobrevivir naturalmente en la arena. Quizá se le estuviese dando otra oportunidad. Comprobó que durante las mañanas Ernesto dispensaba a la planta los cuidados necesarios. ¡Cuán extraño y distinto era el sentir de aquel hombre! No comprendía su oquedad. Tal vez necesitase verlo más para entenderlo. Una calandria se posó en la ventana. Shih Fen le pidió con ojos tristes que le ayudase a ver a Ernesto.

El pájaro voló hasta la casa y se posó en la ventana. Estaba tendido sobre el sofá del living. Shih Fen pudo ver su cuerpo dilatado sobre los almohadones, los muebles modestos de verano, el caracol en la repisa de la chimenea. La calandria regresó a su patio. Shih Fen le agradeció con gran cantidad de migas el favor que le había hecho. Al día siguiente el pájaro volvió a instalarse en la ventana. La puerta estaba entreabierta para ventilar la casa. Se deslizó a saltitos y pudo ver, a lo lejos, al hombre desnudo en la habitación, leyendo un libro. La penumbra ganaba el espacio, salvo por un velador cerca del rostro. Shih Fen vio volver al pájaro en un surco exacto a través del cielo. Cuando le dio de comer sintió que tanta felicidad le era inmerecida.

No comprendía de qué modo podían ayudar esas visiones, pero las agradecía. Insondables eran para ella los caminos del amor. La calandria volvió a posarse dos días después en un laurel que había en el patio. Le pidió con modestia que le mostrase qué era lo que entorpecía al hombre para comprender sus sentimientos. La calandria voló sin derrotero durante un tiempo, hasta que con el atardecer entró por la puerta entreabierta. Shih Fen entonces vio. El cuerpo estaba vencido al borde del sofá. Algo denunciaba que se hallaba en la penumbra entre la realidad y esa otra realidad que es el sueño. Estaba desarre-



glado, y su postura denotaba un aire de náufrago. El pájaro se posó sobre la mesa y Shih Fen comprobó con desagrado el rostro que evidenciaba embriaguez. Acaso sea triste y a la vez necesario el modo en que el azar teje dichas e infortunios. El viento cerró con violencia la puerta de entrada; el pájaro, al sentirse atrapado, exasperó su vuelo en el espacio enmarcado. Quizá fuera fácil comprender la realidad del ave; la de Ernesto era a un tiempo vaga y angustiante. Vio, o creyó ver, acercarse algo desconocido para atacarlo en la oscuridad de sus sentidos dislocados, y un estrépito de botellas y vasos acabó con la ficción de Ernesto y la vida del pájaro. Todo esto lo recojo como algo lejano y nebuloso de alguien que ya no es, otra persona de esas tantas que fue uno mismo. Ya no soy aquél de escasa comprensión.

Conozco la villa desde hace años. Mis gustos y mis afectos me impiden catalogarme de turista. Tengo relaciones con varios residentes. Uno de ellos, el doctor Bandaga, oftalmólogo, me comentó en aquella oportunidad el extraño incidente de una mujer oriental que tuvo ocasión de atender días atrás. Le comenté que la había visto tres o más veces por la calle (la atención recae involuntariamente en una oriental entre la raza latina), y describió con el máximo de pormenores que su memoria le permitía los peculiares giros y perspectivas con que la paciente vivenciaba su desgracia, su peculiar manera de entender los pájaros, los caracoles, las flores. Quedé anonadado, su conocimiento de los hechos no dejaba lugar a dudas. Caminé durante horas solo, acompañado por mi impotencia y la turbia sensación de culpa de haber cometido un acto dañino sin voluntad alguna.

Ahora todo es distinto. Shih Fen y yo vivimos juntos en nuestra quinta de Don Torquato. A veces la miro descansar al atardecer, en su mecedora de mimbre frente a la parra y siento en el viento un cierto sabor a tristeza. Lejos están los malenten-

didados de las flores, del caracol, de las manos y de los pájaros. Lejos también, aquel Ernesto. Entre ella y yo hay una comunicación que se compone menos de palabras que de sensaciones. En ocasiones, junto a la parra, me quedo extasiado mirando un racimo de uvas, y ella me pregunta qué veo, y me pide que se lo describa. Le digo que son moradas, que cuelgan nítidas en el espacio, llenas en sí mismas, Shih Fen sonríe en su vacío y entonces tengo la certidumbre de que a su modo las percibe.

A veces nos quedamos horas sentados en nuestras mecedoras, nuestras manos juntas como un largo beso, yo observando el cielo agotarse en el espacio apacible, Shih Fen gozando íntimamente de mi visión como si hubiese contemplado todos los ocasos; en esos instantes tengo la certeza de que nuestro amor es un sueño compartido; a un mismo tiempo uno, diverso y distinto.

